



José Asunción Silva

Bécquer

Cada época tiene su poeta favorito, en el cual se encarnan las necesidades, aspiraciones e índole de aquélla. Víctor Hugo -el soñador- encarnó todas las vagas idealidades de la Francia revolucionaria, que audazmente pisoteaba un pasado y deseaba sobre escombros edificar un porvenir; así como Lamartine -soñador también- representó la Francia tímida y asustadiza que, espantada aún por los golpes destructores de la Revolución, quería reconstruir los escombros caídos y recogía aquí y allí, con religioso amor, todos los jirones que del pasado quedaban.

Don José Zorrilla y Moral fue el último que en España, y quizá en el mundo, empuñó con gracia y valentía el lábaro del romanticismo; y para los pueblos que hablan lengua castellana, fue el poeta favorito hasta hace unos treinta años. La escuela romántica, de que fue afortunado adalid, aún no había sufrido los golpes rudos que le han venido después; lanzaba entonces sus últimas y más hermosas llamaradas, y, sonriendo, preparábase a morir. Los versos de Zorrilla eran con delicia leídos en aquella época, y nos cuentan algunos de nuestros viejos poetas que en Bogotá era de gran tono en los salones recitar uno o más de sus melodiosos cantos, y había muchos jóvenes que sabían de memoria casi todo el Don Juan Tenorio, El puñal del godó, etc.

Principió por entonces, de acuerdo con las necesidades y aspiraciones del siglo, a languidecer el romanticismo; y, si en España, por espíritu nacional, siguió Zorrilla imperando algunos años más, no sucedió lo mismo en nuestra América, especialmente en este país, al cual llegaba el impulso literario de Francia, pueblo que ha tomado a su cargo el vivir siempre entre esplendores de perpetua aurora. En el horizonte moral del pueblo francés, como en el material de los dominios de Carlos V, puede decirse que ningún sol se pone. El romanticismo se vio decrepito, y la Francia lo hizo desaparecer. Siguió luego una época de transición en la literatura que, como todo estado de transición, estuvo llena de incertidumbres, híbrides y contradicciones. Nada marcado,

ningún rumbo fijo, vetas engañosas que se perdían cuanto más visibles se hallaban. Los límites entre las dos escuelas -el romanticismo y el realismo- estaban débilmente señalados, y muchos anduvieron en una de las dos regiones creyendo andar en terrenos de la otra. Todavía nos resentimos de estas confusiones, sin que haya habido un Laudo a que someternos.

Esta época de indecisión ha tenido también sus representantes: uno de ellos, Bécquer. Romántico exagerado por lo regular, tuvo en ocasiones arranques de realismo que hacían crispár los nervios. Fluctuaba su estro poético entre una y otra de las aspiraciones extremas que jalaban el siglo hacia opuestos lados; y, fatigado de este recio vaivén, en busca de un equilibrio que no hallaba, sentíase atraído con invencible fuerza y por natural reacción hacia los asilos de descanso eterno. Los cementerios fueron tema favorito de sus Rimas y leyendas, y consiguió trocarlos, a fuerza de prestarles el calor de su imaginación poética, en hermosos oasis llenos de vida y movimiento. Los fantasmas de Bécquer no espantan, se hacen casi humanos, dejan sus antiguos fríos sudarios y salen con aureolas de rayos de luna o con coronas de madreselva y mirto. Bécquer, en una palabra, si por un lado dio muerte a la vida, dióle también vida a la muerte.

Esta dualidad de su espíritu era la misma que dominó a la época de transición en que le tocó vivir sobre el mundo. De aquí, el que viniera a ser en aquellos tiempos poeta favorito de la juventud en los países de lengua española. Las rimas de Bécquer andaban de boca en boca, y el mejor y más delicado obsequio que podía hacerse a una dama era el de la colección de sus poesías y leyendas, de la cual conocimos varias y muy lujosas ediciones. El siglo ha vivido mucho en los últimos veinte años, y, por lo mismo, poco han vivido en él las personalidades que han logrado inscribir a medias su nombre en la historia. El estado de transición, si no ha pasado por completo, se halla en su última hora, y los hombres que lo representaron pasan también. A Bécquer han sucedido mil otros poetas, y la sugestiva becqueriana ya no se repite con deleitoso cariño al rayo de soñoliento sol de ocaso.

Empero, Bécquer tuvo una dote de que carece, a nuestro parecer, la poesía moderna: la sugestividad. Hoy los poetas lo dicen todo y nada dejan por saber o por adivinar al pensamiento del lector. Bécquer, al contrario, en sus rimas deja adivinar poemas, y en sus leyendas muestra, ocultándolas, como las Venus del histórico velo, legiones de bellezas. Este trabajo de adivinar gusta al espíritu, y es que el espíritu humano es naturalmente discreto, recatado y pudoroso. El pudor en el arte, condición estética indispensable, es la dote que más llama la atención en Bécquer, y da a conocer ese espíritu delicado, de sensibilidad exquisita y de elevadas, aristocráticas tendencias, que nos lo hacen parangonar con algunos poetas ingleses que, como Tennyson, cantan desde lo alto para que el mundo los oiga de rodillas.

Tenemos a la vista la entrega 54 de la Biblioteca Popular, que contiene algunas de las Leyendas de Bécquer; y su lectura nos hizo recordar los tiempos en que, con más bríos y más delicadezas en el alma, alimentábamos nuestras soñadoras, juveniles aspiraciones, con la colección de rimas y leyendas becquerianas. La Biblioteca Popular es ya un gran libro que corresponde a todas las necesidades del espíritu.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

